

Pero, en este inciso como en otros suyos, Pavese va más allá. Las mujeres y la Mujer lo hacen sufrir y el sufrimiento es el punto de partida de su religiosidad. Su soledad se convierte en ejercicio de ermitaño y el dolor amoroso es reconocimiento de la miseria de la condición humana, del sufrimiento de estar vivo. Señoras y señoritas de nombres intercambiables lo empujan hacia el cristianismo existencial de Papini, Chestov y Kierkegaard. Aun los ateos, cuando se enferman y padecen, maldicen a Dios, reconociendo su existencia. Un Dios existente, que llevamos dentro, como llevamos a la innominada y obsesionante Mujer. En desacuerdo con las cosas, ese animal inarmónico y adolescente que es el hombre busca dar sentido al sufrimiento. Cristo le vale de ejemplo. Un Cristo estoico, que señala la muerte como realidad actual, de cada acto, de cada instante, hasta quitarle todo patetismo. Cristo que nos señala, además, a Dios, la compañía que no falla nunca, ese otro que siempre está despierto, alerta, próximo y nos habilita a aceptar al prójimo, justamente, «por amor a Dios», Dios que no nos revela la verdad, pues sólo Él la sabe, pero que nos permite reconocer la mentira.

También esta deriva religiosa va a dar en su vocación de escritor. Dice en su diario del 28.12.1944: «Repásense con la idea de Dios todos los pensamientos dispersos del *subconsciente*, de modo que se modifique tu pasado y se descubran muchas cosas. Sobre todo tu trabajo en dirección al símbolo se ilumina con un contenido infinito». Dios existe, pues, en este trabajo inconsciente e infinito con el símbolo.

Pavese fue, de modo inopinado, un hombre religioso. Adoleció de absoluto y se valió de palabras que no podían llegar a la Palabra. Vio que la crisis contemporánea partía de la indistinción entre lo sagrado y lo profano, y que la historia era una parábola tendida entre el mito del origen y la religión de la meta. Su tardía adhesión al comunismo fue un intento de sintetizar en esta doctrina el estoicismo y el cristianismo.

Estas claves pueden mejorar una lectura de su escueta vida política. Se sabe que se afilió al Partido Nacional Fascista en 1933, quizá para facilitarse su carrera en la docencia. Se enamoró de Battistina Pizzardo, Tina, la enigmática T. de sus cartas, que era una militante comunista y usó su domicilio como correo de los militantes clandestinos. Pavese cayó en una redada en mayo de 1935 y estuvo preso en Turín y Roma. En agosto lo confinaron a Brancaleone, donde permaneció hasta mediados de 1936. Siempre se dijo apolítico y no participó en la resistencia. No hizo el servicio militar ni fue llamado a filas en razón de su asma. Tras la Liberación, se inscribió en el Partido Comunista, cuyas teorías estéticas no compartía pero que atraía a su sensibilidad antiliberal.

Dentro de Pavese había una figura censoria muy fuerte que no sólo actuaba en lo sexual. Numerosos gestos intelectuales suyos son propios de una ideología autoritaria y nada lejana del fascismo. Desprecio por la mujer, valoración del odio, escarnio de la buena consciencia, elogio de la capacidad de daño, obsesión homicida llevada al suicidio, posesión exclusiva de la mujer por el varón, defensa de una sociedad controlada por el Estado en lo económico y lo cultural, apoliticismo, valoración del carácter asociativo de la guerra, heroísmo del solitario y el excepcional, inexistencia de la igualdad en un mundo de amos y esclavos, gusto por la agresividad. Como observó respecto al romanticismo, la exaltación del individuo como incomparable y único conduce a la paralela exaltación de la comunidad donde todos deben ser parecidos: el pueblo. Prefería la aldea a la ciudad. No esperaba nada de los semejantes, más bien soñaba con su desaparición. Era un pequeño dios, triste y sin iguales, según él mismo veía a Dios. La posguerra no le produjo ninguna ilusión como, por lo demás, nada que viniera de la historia. La muerte como gran definidora de la vida es asimismo un ideal fascista. Aniquilar y aniquilarse es más humano que perdurar y construir.

Con todo, como siempre, la escritura puso en crisis esta lapidaria herencia de los tiempos. Porque escribir, para Pavese y para cualquiera, es una apelación al prójimo, es un acto de participación. Y es la propuesta de una fraternidad distinta a la fatal hermandad de la muerte: la fraternidad de la vida*.

* Las citas de Pavese están entresacadas de sus obras publicadas por Giulio Einaudi, Torino: *Lettere* (ed. Lorenzo Mondo e Italo Calvino), 1966; *Il mestiere di vivere*. Diario 1935-1950, 1952; *Dialoghi con Leucò*, 1947. Las traducciones son de B.M.